5/18195
2/44151

NADIE PARECIA

Cuaderno de lo Bello con Dios

DIRIGEN:
PBRO. ANGEL GAZTELU
JOSE LEZAMA LIMA

No. I - SEPTIEMBRE, 1942

MARIANO

Que nadie lo miraba,
Aminadab tampoco parecía,
Y el cerco sosegaba,
Y la caballería
A vista de las aguas descendía.

SAN JUAN DE LA CRUZ

Noche Dichosa

LA choza a la orilla del mar por una noche ha guardado el cuerpo desnudo del pescador solitario. El sueño ha sido inquieto, pero esa no abandonada realidad del pincel de lince acompaña como un paño de rocío. Sus vueltas en la colcha acompañante se debían a las claras etapas del fuego moviente, que aún en el sueño aseguraban la suprema dignidad del movimiento. Al destellar sus ojos, ya su cuerpo se levantaba del lecho: buena manera de contestar al rayo de luz con el movimiento del cuerpo. Ahora su cuerpo está ya entre las ondas y el siniestro fanal de la enemiga orilla ondula como los caprichos de la bestia enemiga. En sucesivas conversaciones con los peces dormidos su cuerpo avanza riéndose de sus reflejos. Un brazo, una pierna, pero siempre el cuerpo como una señal perseguida termina en una dignidad perpetua. ¿Cómo el cuerpo al salir del sueño y de la choza ya ha podido estar listo para la definición temblorosa de la corriente? Cuando llega la tierra sigue silenciosa y nocturna, pero el peregrino la toca con su frente y su señal perseguida, y en acompasada curva su cuerpo ya se apresta a perseguir el fanal de la orilla dejada. El silencio de su cuerpo acompañado del canto de los peces, de la sangre acurrucada de los acordeones de coral y de los árboles de luciérnagas que se allegan a la orilla para tocar el cuerpo del pescador solitario. Y los árboles tanto como a un hombre parecen saludar la amistad del perfume de las cortezas colorantes. Ha penetrado de nuevo en la choza de la orilla, pero ahora la ha encontrado toda iluminada. Su cuerpo transfundido en una luz enviada parece manifestarse en una Participación, y el Señor, justo y benévolo, sonríe exquisitamente. Pero el pescador no interrumpe su alegría en la Presencia, lanza un curvo chorro de agua, reminiscencia de amor a la enemiga orilla y a la choza benévola, y nos dice: *¿Qué ha pasado por aquí?*

LOS DIRECTORES

Biblioteca Nacional de España

Nocturno Marino

EN esta noche honda y alta movido por más alta y honda pena
me encuentro, que estoy embebido contemplando la marea.
La noche empuja a su tierna belleza, cuando el hombre libremente se le entrega.
Su belleza, es como un óleo, que todo lo embebe y hasta los huesos penetra.
Por ella sentía, que una paz indecible iba sucediendo a toda mi tristeza,
tristeza lejana, que nos viene muchas veces de no sé qué ocultas esferas.
Es entonces cuando los ojos sienten la clara necesidad de las estrellas,
y cuando el pecho en noche oscura se debate con sus vientos y mareas,
esas mareas, que cuando llegan a los labios no se sabe si se gime o si se reza.
Esos vientos, que nos empujan a las playas y nos hacen confundirnos con la arena.

No sería necesario decir en esta noche cuánto alumbraba la luna
ni decir que por ella la noche inspiraba más melancolía y más dulzura.
El mar de vez en cuando enseñaba su rielada armadura
toda labrada de escamas brillantes y espadas de bruñida empuñadura.
Allá a lo lejos cruzaba una barca con su vela temblorosa y pulcra.
Una canción sin nombre de la vela venía por el viento y con la espuma:
a veces sonaba a pura y viva llama, a veces a pura y viva angustia.
Al menos así le pareció al corazón frente a la marea profunda,
mientras la noche todo lo iba ganando y ungiendo con su íntima ternura.

Pronto con la serena y la estrellada que levantaban sus frescos rocíos y escarchas,
sentí como un despertar de gráciles alondras en la garganta.
(¿Serán surcos las olas por la noche de semillas de músicas del alba?)
Del cantar de los cantares la presencia y la figura me embargaba
de aquel que a nuestras puertas con guedejas en carámbanos heladas
siempre a pesar de nuestras noches nos llama con voz de nieve y mano morada.
Y comprendí, cómo el que siempre nos ama, paciente frente a la noche, pulsa nuestra aldaba.
Siempre aún a pesar de nuestras puertas en las noches negramente fabricadas.
Y aún cuando ciegos encendemos en óleos fugaces nuestras lámparas
y cuando a tientas palpamos tinieblas de sueños que los ojos manchan,
él deja chorreando nuestra aldaba de claros rocíos y lumbres de plata.

Por largo tiempo, absorto en esta imagen tan florida de finos secretos,
se iban serenando todas las olas de mi corazón inquieto.
Una alondra enardecida de gracia cantaba en la aldaba del pecho.
Su canción de rocíos trascendía a tierna amanecida de fuente en el huerto.
Pero el alma sellada por la voz y herida, penaba sin consuelo.
Indagaba mirando a las estrellas y altas las estrellas brillaban en silencio.
Preguntaba a las olas plateadas por la luna, preguntaba al ancho viento,
que traía las profundas voces del mar, su nocturno concierto.
Y callada la luna conjugaba con las olas sus reflejos.
Y el viento con el mar cantaba grave su canto llano espeso.

Biblioteca Nacional de España

La voz que dá sentido y llama a nuestras puertas en los días y las noches,
la que se vistió de la flor de nuestra carne, para saber de sus espinas y dolores,
la que en lengua de llama vela nuestro sueño y minia en nuestra frente el nombre
por quien se visten de luz los cielos de pájaros y los campos se encienden de flores,
la misma que empuja la puerta del pecho y hace rechinar sus goznes,
duros por el frío, duros por la escarcha y las gotas granizadas de la noche,
dejaba a su paso claro camino en el cielo de estrellas y en el mar de espuma y rumores.
Por eso el alma pena mirando a las estrellas y al mar confía sus voces;
sus voces que en rumor de la paloma aprenden la espuma del nombre.
Del nombre, en quien todo renace y vive eternamente florido y joven.

En esta noche he vuelto a encontrar un nuevo gozo de indecible calma.
Frente al mar sereno, se siente al Dios, que nos perdona y ama.
Un oleaje de música afluye caudaloso a mi garganta.
Por el aire de vez en cuando llegan efluvios como de lejanas arpas:
las estrellas nos miran complacidas y amorosas como hermanas.
Con ellas Dios nos mira cuando en la noche el corazón lo llama.
Entonces un cielo de rocío nos invade imperioso el corazón y el alma,
entonces cantan los mares como surcos de alondras claras,
el aire de fugas ligeras puebla de liras las ramas,
y los pájaros a fuerza de trinos encienden y apuran de gracia la mañana.

Pbro. ANGEL GAZTELU

Rapsodia para el Mulo

CON qué seguro paso el mulo en el abismo.

Lento es el mulo. Su misión no siente.
Su destino frente a la piedra, piedra que sangra
creando la abierta risa en las granadas.
Su piel rajada, pequeñísimo triunfo ya en lo oscuro,
pequeñísimo fango de alas ciegas.
La ceguera, el vidrio y el agua de tus ojos
tienen la fuerza de un tendón oculto,
y así los inmutables ojos recorriendo
lo oscuro progresivo y fugitivo.
El espacio de agua comprendido
entre sus ojos y el abierto túnel,
fija su centro que le faja
como la carga de plomo necesaria
que viene a caer como el sonido
del mulo cayendo en el abismo.

Biblioteca Nacional de España

Las salvadas alas en el mulo inexistentes,
más apuntala su cuerpo en el abismo
la faja que le impide la dispersión
de la carga de plomo que en la entraña
del mulo pesa cayendo en la tierra húmeda
de piedras pisadas con un nombre.
Seguro, fajado por Dios,
entra el poderoso mulo en el abismo.

Las sucesivas coronas del desfiladero
—van creciendo corona tras corona—
y allí en lo alto la carroña
de las ancianas aves que en el cuello
muestran corona tras corona.
Seguir con su paso en el abismo.
El no puede, no crea ni persigue,
ni brincan sus ojos
ni sus ojos buscan el secuestrado asilo
al borde preñado de la tierra.
No crea, eso es tal vez decir:
¿No siente, no ama ni pregunta?
El amor traído a la traición de alas sonrosadas,
infantil en su oscura caracola.
Su amor a los cuatro signos
del desfiladero, a las sucesivas coronas
en que asciende vidrioso, cegato,
como un oscuro cuerpo hinchado
por el agua de los orígenes,
no la de la redención y los perfumes.
Paso es el paso del mulo en el abismo.

Su don ya no es estéril: su creación
la segura marcha en el abismo.
Amigo del desfiladero, la profunda
hinchazón del plomo dilata sus carrillos.
Sus ojos soportan cajas de agua
y el jugo de sus ojos
—sus sucias lágrimas—
son en la redención ofrenda altiva.
Entontado el ojo del mulo en el abismo
y sigue en lo oscuro con sus cuatro signos.
Peldaños de agua soportan sus ojos,
pero ya frente al mar
la ola retrocede como el cuerpo volteado
en el instante de la muerte súbita.
Hinchado está el mulo, valerosa hinchazón
que le lleva a caer hinchado en el abismo.
Sentado en el ojo del mulo,
vidrioso, cegato, el abismo
lentamente repasa su invisible.

Biblioteca Nacional de España

En el sentado abismo,
paso a paso, sólo se oyen,
las preguntas que el mulo
va dejando caer sobre la piedra al fuego.

Son ya los cuatro signos
conque se asienta su fajado cuerpo
sobre el serpentín de calcinadas piedras.
Cuando se adentra más en el abismo
la piel le tiembla cual si fuesen clavos
las rápidas preguntas que rebotan.
En el abismo sólo el paso del mulo.
Sus cuatro ojos de húmeda yesca
sobre la piedra envuelven rápidas miradas.
Los cuatro pies, los cuatro signos
maniatados revierten en las piedras.
El remolino de chispas sólo impide
seguir la misma aventura en la costumbre.
Ya se acostumbra, colcha del mulo,
a estar clavado en lo oscuro sucesivo;
a caer sobre la tierra hinchado
de aguas nocturnas y pacientes lunas.
En los ojos del mulo, cajas de agua.
Aprieta Dios la faja del mulo
y lo hincha de plomo como premio.
Cuando el gamo bailarín pellizca el fuego
en el desfiladero prosigue el mulo
avanzando como las aguas impulsadas
por los ojos de los maniatados.
Paso es el paso del mulo en el abismo.

El sudor manando sobre el casco
ablanda la piedra entresacada
del fuego no en las vasijas educado,
sino al centro del tragaluz, oscuro miente.
Su paso en la piedra nueva carne
formada de un despertar brillante
en la cerrada sierra que oscurece.
Ya despertado, mágica soga
cierra el desfiladero comenzado
por hundir sus rodillas vaporosas.
Ese seguro paso del mulo en el abismo
suele confundirse con los pintados guantes de lo estéril.
Suele confundirse con los comienzos
de la oscura cabeza negadora.
Por ti suele confundirse, descastado vidrioso.
Por ti, cadera con lazos charolados
que parece decirnos yo no soy y yo no soy,
pero que penetra también en las casonas
donde la araña hogareña ya no alumbra

Biblioteca Nacional de España

y la portátil lámpara traslada
de un horror a otro horror.
Por ti suele confundirse, tú vidrio descastado,
que paso es el paso del mulo en el abismo.

La faja de Dios sigue sirviendo.
Así cuando sólo no es chispas, la caída
sino una piedra que volteando
arroja el sentido como pelado fuego
que en la piedra deja sus mordidas intocables.
Así contraída la faja, Dios lo quiere,
la entraña no revierte sobre el cuerpo,—
aprieta el gesto posterior a toda muerte.
Cuerpo pesado, tu plomada entraña,
inencontrada ha sido en el abismo,
ya que cayendo, terrible vertical
trenzada de luminosos puntos ciegos,
aspa volteando incesante oscuro,
has puesto en cruz los dos abismos.

Tu final no siempre es la vertical de dos abismos.
Los ojos del mulo parecen entregar
a la entraña del abismo, húmedo árbol.
Arbol que no se extiende en acanalados verdes
sino cerrado como la única voz de los comienzos.
Entontado, Dios lo quiere,
el mulo sigue transportando en sus ojos
árboles visibles y en sus músculos
los árboles que la música han rehusado.
Arbol de sombra y árbol de figura
han llegado también a la última corona desfilada.
La soga hinchada transporta la marea
y en el cuello del mulo nadan voces
necesarias al pasar del vacío al haz del abismo.

Paso es el paso, cajas de agua, fajado por Dios
el poderoso mulo duerme temblando.
Con sus ojos sentados y acuosos,
al fin el mulo árboles encaja en todo abismo.

JOSE LEZAMA LIMA

Biblioteca Nacional de España

Callada Fronda

I

COPOS de luz el aire no desmiente
En las últimas frondas que proclaman
Su levedad en sombras, sus escamas
De peces giradores sin perderse.

Penetrador puñal perfil pervierte
Inaugurando el parto de la escama.
Secreto mirador de huídas llamas
Ojo tendido en sueño le divierte.

Giran las hojas su rumor: hastío.
El aire pliega su pañuelo suave
En caricia estival. El señorío

En la forma declina su dureza.
Aliente el son: aguja se deshace
En el níveo rumor de su pereza.

II

Cuanto el dedo detiene y acaricia
Ondula de su voz, sonado hastío
Cirniendo el viento, pérfida delicia,
Numerador intacto de su brío.

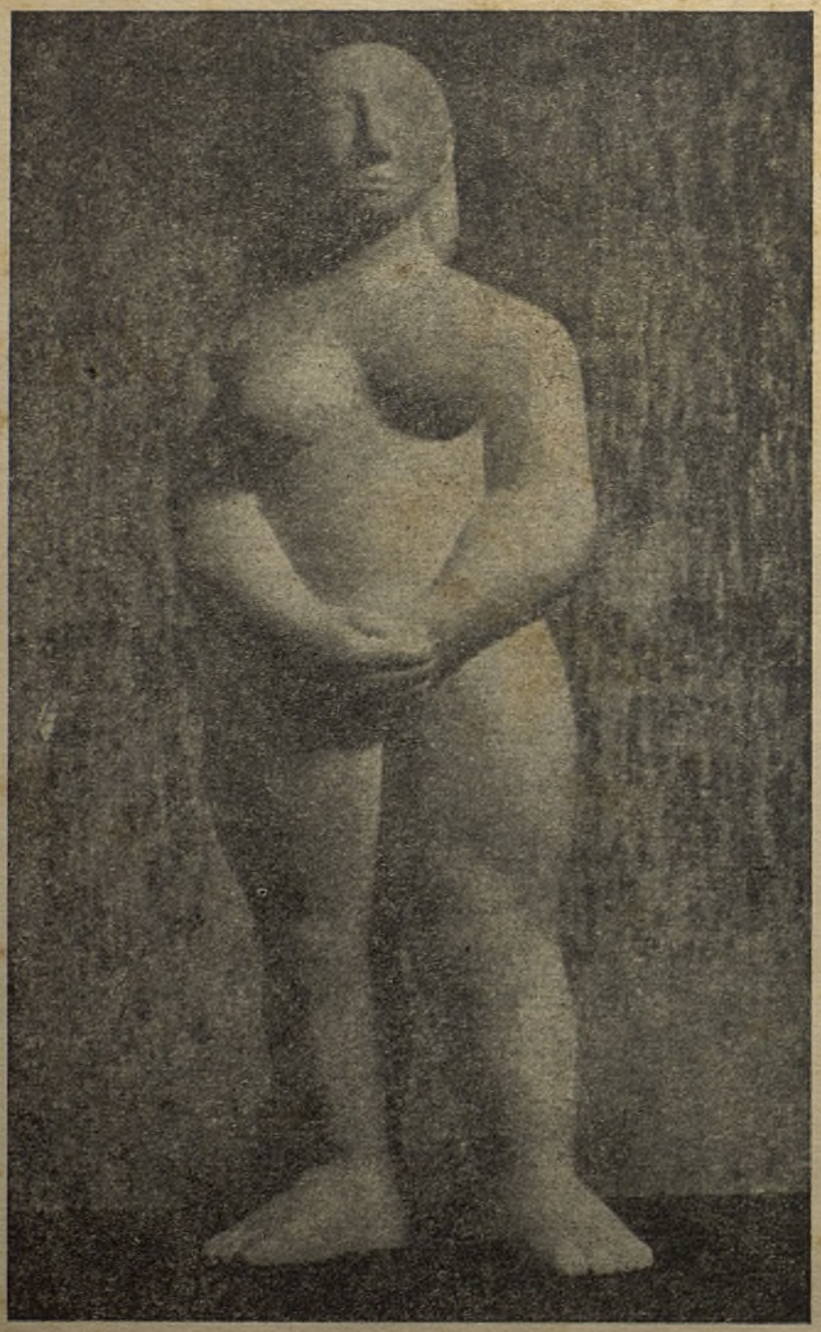
Muerte sellada o sueño sin la risa
El soplo tamizado del envío
Orilla la epidermis si desliza
Su sonado clavel inextendido.

Oh de la sombra cruel que desdeñada
Oculta su misterio y no detiene
El frutado silbido que se aviene

A pleamar marchita en resonada
Fiesta de levedad, ardida orilla
Al fuego muestra la sutil cuchilla.

LUIS ANTONIO LADRA

Biblioteca Nacional de España



ESCULTURA, yeso directo, de ALFREDO LOZANO.

IMP. UCAR, GARCIA Y CIA. HABANA (CUBA)

Biblioteca Nacional de España